

## **Palabras del Excmo. Señor D. Manuel Jiménez de Parga**

Intervenir en este acto de necrolatría, en el que los académicos recordamos con admiración al profesor Francisco Murillo Ferrol, es para mí emocionante y una ocasión para mostrar mi agradecimiento, ahora póstumo, a quien fue mi maestro en la Universidad de Granada.

Vuelvo la mirada al 1946, sesenta años atrás en los próximos meses, y me sitúo a las puertas de mi Universidad, donde encontraría los profesores que me indicaron el camino a seguir. Allí estaba, en las tareas del derecho público, un joven adjunto a las cátedras de Derecho Político y Derecho Internacional, que, con frecuencia, sustituía a los titulares de estas disciplinas. Así tuve los primeros contactos intelectuales con Francisco Murillo. Me impresionó la seriedad de sus explicaciones académicas, fundamentadas con rigor, fruto de muchas horas de estudio.

Luego, ya en Madrid, le acompañé en las sesiones de sus oposiciones a cátedra. Él tuvo la amabilidad de recordarlo en la contestación a mi discurso de ingreso en esta Real Academia, el 8 de enero del 2002. En ese solemne acto, con su brillante intervención que agradecí entonces y sigo agradeciendo, habló de la amistosa y profesional fidelidad con que le correspondí. Efectivamente estuve a su lado durante el último medio siglo, tanto cuando yo era profesor en Barcelona, Universidad a la que vino a enseñar en varias ocasiones, como en los Tribunales de tesis doctorales y de oposiciones a cátedra.

En una nota de urgencia al conocer su fallecimiento escribí: «Francisco Murillo fue un hombre bueno, en el sentido profundo de las palabras. Dotado de una finísima sensibilidad, con ironía profunda, enseñó a centenares de universitarios y demostró en su hacer cotidiano que es posible avanzar en la vida académica sin participar ni en las intrigas ni en los sectarismos de las falsas escuelas. Tuve la fortuna de comprobarlo cuando me tocó formar parte con él en Tribunales de tesis doctorales o de oposiciones a cátedra».

Su honestidad profesional le llevó a enseñar sociología política cuando estos saberes no eran bien vistos por quienes mandaban en España, allá por los años cincuenta y sesenta.

No fue una decisión impremeditada que en 1955 el Ministerio de Educación suprimiese el estudio de la sociología en la Facultad del Derecho, una disciplina incorporada dos años antes a los planes universitarios.

Hay que recordar la feroz campaña que, por ejemplo, el nacionalsocialismo desencadenó contra la sociología y contra los sociólogos. «Se comprende bien esta hostilidad —escribe Gottfried Eisermann—, pues el nacionalismo a nada temía tanto como a un análisis objetivo del sistema económico creado por él». A las dictaduras no les entusiasman los sociólogos. Prefieren fomentar los estudios históricos, las consideraciones sobre el pasado que pudieran fortalecer su posición en el presente. Se ponen en guardia ante cualquier estudio empírico que muestre la verdadera estratificación social y el esqueleto económico del país con la fidelidad de una placa radiográfica. «Se procuró por eso —continúa Eisermann— difamar a la sociología por todos los medios y reemplazarla por un producto auténticamente germano: el Volkskunde (folklore). Los profesores de sociología de las Universidades alemanas fueron relevados de sus funciones, obligados a pedir la jubilación anticipada o a emigrar, cuando no se les reservó un destino más trágico aún».

En un ambiente español poco propicio el prof. Murillo escribe: «Creo que el universitario está obligado a mantener tensa la actitud crítica: no contra esto ni aquello en concreto, sino la actitud en sí misma, como postura radical. La Universidad no puede ser una fábrica de conformismos, sobre todo de conformismos intelectuales. Por ello, estimo que es nuestro deber acudir al reto que nos lanza la realidad misma y el tiempo en que vivimos. He intentado ver los problemas desde nuestra perspectiva siempre que me lo ha permitido la existencia de datos a mi alcance; a pesar de que el enfoque en sí mismo es radicalmente exógeno, porque nosotros —de siempre— nos hemos preocupado tanto de la retórica y del

«deber ser» que no nos quedó tiempo de ver con humildad cómo iban siendo las cosas.

El tránsito de una actitud a otra supone un cambio profundo de mentalidad».

Él nos ayudó a ver las cosas de otra manera. Hoy se lo reconocemos.

